





LA ROSA DEL ASESINO



Carlos G. Q.

LA ROSA DEL ASESINO



Primera edición: agosto 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos G. Q.

ISBN: 978-84-18250-34-7

ISBN digital: 978-84-18250-35-4

Depósito legal: M-9339-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres



CAPÍTULO PRIMERO

1

Se llamaba Aram Danken. Aquel día, como tantos otros desde hacía dos años, Aram montaba guardia en la muralla que separaba la ciudad en dos: la aristócrata y la plebeya. Y como tantas otras noches tediosas, ocupaba el tiempo imaginando realizar grandes proezas. Una fantasía recurrente era un ejército inmenso que asaltaba la ciudad sin previo aviso y él, solo, como un magnífico héroe de tiempos antiguos, les hacía frente mientras hacía sonar su cuerno.

En ocasiones soñaba que caía en combate espada en mano, haciendo leyenda. Otras, que era creído muerto en el fragor de la batalla para ser encontrado enterrado bajo decenas de enemigos muertos por sus propias manos, malherido pero triunfal.

Aquella noche soñaba con un viejo encapuchado que le revelaba su destino. Aram siempre creyó que sería parte de algo increíble. Su talento no podía ser desaprovechado en lo alto de una muralla que nunca sería asaltada.

Pero solo oyó un susurro de ropas movidas por el viento y aunque casi distinguió el sonido de las dagas al salir de las vainas apenas sintió como le cortaron. Ya estaba muerto cuando su cuerpo chocó contra el frío empedrado. Aram Danken tendría 17 años para siempre.

A ojos de un observador desatento la ciudad parecía dormida tras un ajetreado día de mercado. Pero con la llegada de la luna y el sueño de mercaderes y artesanos la ciudad dejaba ver su otra cara, aquella que nadie deseaba excepto quienes se movían por ella.

Por las calles de mala muerte todo tipo de gente deambulaba de taberna en taberna: los borrachos montaban escándalos entre vaso y vaso con sus obscenas canciones o dormían su borrachera en cualquier esquina, aferrados a una botella vacía; las prostitutas llamaban a los transeúntes con frases lascivas, promesas de placeres ocultos, guiños y lencería barata desde los portales de los lupanares; los asesinos a sueldo, los matones y los asaltadores esperaban a sus víctimas escondidos entre las sombras de estrechas callejuelas o en portales oscuros; mientras que los amantes iban a la casa de su amada o escapaban de ella; puteros, pendencieros, conspiradores, vagabundos y ladrones compartían las calles. Para muchos las calles no eran más que el espacio vacío entre tabernas.

Desde un discreto rincón de una de esas tabernas un hombre miró a través de la ventana: la luna estaba ya en su cenit. Se levantó, dejó caer sin cuidado más monedas de las que debería delante del tabernero, abandonó sobre la mesa la jarra de cerveza aguada sin probar y escapó del viciado aire de aquel antro dando un portazo.

Cada paso por las enlodadas calles arruinaba un poco más sus caras botas de cuero, pero no tardó en llegar a donde eran sus botas las que ensuciaban las calles. Ya no se veían prostitutas en los portales y ni los asaltadores más temerarios buscaban víctimas allí. Eran avenidas de adoquines y estaban bien cuidadas; además de ser recorridas por patrullas contratadas por los ricos gremios que las habitaban.

Se detuvo ante la última fila de casas. Al frente, a unos 20 metros, se levantaba la Muralla de los Emperadores, más un monumento que una protección: la muralla estaba recubierta de mármol

esculpido con representaciones de guerras antiguas y motivos religiosos, y sus puertas eran como arcos de triunfo.

La Muralla de los Emperadores era el símbolo del Imperio, del emperador mismo. Tras ella solo vivían los más privilegiados. Desde fuera el pueblo se preguntaba: «¿Cómo serán sus casas si su verja es una joya?» Y los de dentro lo sabían y se sentían poderosos e intocables.

Se quitó la túnica, la hizo un gurrño y la abandonó en las sombras. Bajo ella llevaba ropas resistentes y armas. Dos dagas curvas y algún pequeño cuchillo de mango corto y hoja larga. En la espalda llevaba una cerbatana en un estuche. De un bolsillo sacó una tela ancha y negra y con ella se envolvió el rostro dejando solo sus ojos al descubierto.

Aplastándose contra una pared para ocultarse, miró a ambos lados de la calle y a lo alto de la muralla. Había un despistado guardia en lo alto. Todavía lejos, lo suficiente.

Corrió hasta alcanzar la muralla, aprovechó la inercia de la carrera para saltar y agarrarse a un dragón lanceado por el misterioso guerrero legendario Rhían. Apoyó los pies en el carro de guerra del héroe Inminual, lanzó una mano para agarrar los pechos de la diosa Etheri dando a luz a Itirri. Se impulsó haciendo de grandiosos relieves peldaños. Pisó el rostro del emperador Ankhart IV y se apoyó en Tzetnt aprovechando que levantaba los brazos para crear a la mujer. Cuando sus manos tantearon las almenas se detuvo. Sus ojos brillantes y negros como la obsidiana recorrieron con la mirada la muralla deteniéndose en el descuidado guardia que patrullaba ensoñador.

Debía de ser joven, sus hombros no eran anchos y portaba sus armas con desgana. Como todos los jóvenes guerreros imaginaba una batalla pues de vez en cuando se movía, como si esquivase o diese un golpe invisible. Cada vez que lo hacía miraba alrededor asegurándose de que nadie le hubiese visto.

Vestía el característico uniforme de los guardias de la Muralla de los Emperadores: lanza y escudo redondo, espada curva al cin-

to, túnica del color del oro bruñido hasta los tobillos con un corte a los lados para permitirle mayor movilidad, coraza de bronce adornada con complejos dibujos, zapatos acabados en punta del mismo color que la vestimenta, y como símbolo de su tarea una máscara de rasgos demoníacos que le daba una expresión feroz, como si fuese un *djinn* invocado y atado al monumento por los hechiceros del emperador.

Sin emitir ningún ruido y sin dificultad para permanecer colgado del minúsculo resquicio esperó hasta que el guardia estuvo a su altura. De repente, con un movimiento tan solo creíble en un sueño, se elevó y giró pasando por encima del guardia con un susurro de ropajes movidos por el viento. En el instante en que sus manos se soltaron de la muralla se movieron hacia sendas dagas que se deslizaron al exterior con un movimiento que cortó la tráquea y la carótida del guardia, impidiéndole gritar.

Antes de que el cadáver de Aram Danken chocase contra el suelo su asesino ya se dirigía hacia las escaleras de la muralla.

3

Las avenidas que separaban las mansiones y los antiquísimos palacios estaban vacías. Unos faroles alumbraban tenuemente las calles. Los jardines que presidían las avenidas estaban húmedos por el rocío. Los arbustos recortados con formas de animales y las hayas milenarias eran testigos del encuentro de una pareja de enamorados que aprovechaban la oscuridad para juntarse bajo la luna. Les evitó con cuidado.

El susurro de las ramas movidas por el viento y el canto de los grillos noctámbulos eran lo único que se oía en aquel lugar que de día estaba atiborrado de damas cotilleando, nobles comparando a sus amantes, poetas cortesanos intercambiando versos y otros parásitos de la Corte.

Vislumbró en un balcón de una mansión a un hombre que subía con gran dificultad por una cuerda al encuentro de una dama

joven y feliz. Sonrió por debajo de la tela que le cubría el rostro.

Sumido en sus propios pensamientos llegó a su objetivo y observó con atención la mansión que se alzaba ante él rodeada de un jardín idílico.

4

Hacía fresco. Dos mercenarios veteranos de guerra estaban encargados de patrullar el jardín. En su día habían sido parte del ya disperso ejército mercenario Thauñ Tanlhuns y habían participado en las guerras por el golfo Yaun en las que el Imperio se enfrentó a los bárbaros del archipiélago de Hugganat. Fue un enfrentamiento que duró años y en el que Thauñ Tanlhuns cambió de bando en varias ocasiones, pero gracias a su protagonismo en la batalla que otorgó la victoria final al Imperio todas sus traiciones fueron olvidadas.

Tras aquella guerra los mercenarios cansados de su vida nómada o demasiado viejos como para continuar abandonaron Than Tanlhuns y pasaron a formar parte del cuerpo de élite imperial o a ser guardias de honor de algún noble importante como el *sayyed* de la finca. El retirado general Muharret de la familia Mohamfet, quien en su tiempo fue aclamado como un gran estratega.

—¡Argh! Menuda mierda de selva —blasfemó Kali pateando unas grandes plantas que le impedían el paso. Odiaba los turnos de noche—. Es como estar en Hugganat otra vez; solo faltan los pintarrajeados tirándonos flechas, porque las hordas de mosquitos están al completo.

Su compañero rio entre dientes, pero no dijo nada.

—Me agujerearon bien, los cabrones... No digo los mosquitos, sino los hombres monos esos —continuó quejándose Kali.

—Me acuerdo bien —le acalló Zarir—. Te quejabas tanto entonces como haces ahora. Pero a mí como que cada vez me importa menos. ¿Por qué no hablamos de otra cosa, qué tal la mujer?

Kali se tensó al pensar en ella y, rápido, cambió de tema.

—Eh... No me interrumpas, ¿qué estaba diciendo?

—Estabas hablando de la fiebre que te transmitieron los mosquitos —adelantó la historia Zarir, pues era inevitable que acabasen hablando de eso.

—Cierto —asintió Kali y miró a su amigo—. Porque a ti no te infectaron o también lo tendrías grabado en la memoria.

—Claro.

—Como te embadurnaste de aquella mierda, no se te acercaron. Pero no solo los mosquitos, no había *narigado* que pudiese hacerlo.

—Eso demuestra lo tonto que eres, si hubieses hecho como yo no te hubiese picado ningún bicho inmundado y...

—¡Silencio!

No hacían falta preguntas. Cargaron sus ballestas y soltaron la correa que sujetaba el cuerno de alarma a su cinturón mientras miraban en todas direcciones para cerciorarse de que al moverse no se meterían de lleno en una trampa. Solo entonces avanzaron con cautela entre la exuberante vegetación. Kali maldijo entre dientes otra vez, pero Zarir le chistó. Encontraron al provocador del escándalo colgando de una rama mirándolos tras sus ojos de mono.

Zarir resopló.

—No eres más que un viejo chocho, tu mente ya te falla si veías algún peligro en este bicho —dijo hiriente y tiró una piedra al mono que escapó chillando despertando a toda la jungla de los alrededores. Zarir en realidad estaba aliviado, el mono noctámbulo le había salvado de tener que escuchar otra vez la historia de los caníbales que habían perseguido durante días a su amigo.

Kali fingió molestarse por el insulto y para escapar de la mordaz lengua de su amigo propuso:

—Sigamos, vamos a ver si nos cruzamos con Harseen y Turnet. Seguro que tienen algo de vino o de cerveza; esos dos borrachos son incapaces de hacer otra cosa que no sea beber y acostarse con chicas bonitas.

Zarir rio con ganas, pues Harseen y Turnet eran las personas que menos probabilidades tenían de acostarse con chicas bonitas de entre todas las personas que conocía: eran feos como ratas mojadas.

Se acercó en silencio a las cristaleras que conectaban el jardín con la casa dando acceso a un salón en el que la familia de Muharret acostumbraba a entretener a sus huéspedes permitiéndoles disfrutar del verde y frescor del jardín sin tener que sufrir las inconveniencias de este, como la tierra y las hojas.

Una cristalera de tal tamaño no se la podía permitir cualquiera y los visitantes quedaban maravillados al verla, eso enorgullecía al general.

Observó la cerradura bajo la escasa luz de la luna. Tomó una ganzúa de uno de sus bolsillos. Unos instantes de concentración y un chasquido más tarde el hombre más peligroso de la ciudad estaba dentro.

La sala estaba adornada por una extensa colección de objetos exóticos que el general había conseguido durante sus campañas. Una librería abarcaba toda una pared, compuesta de libros de leyes y de estrategia militar, pues el general, aunque estaba públicamente retirado, todavía tenía una gran influencia en la Corte. Como aquella no era solo la sala de invitados, pues también era la sala de lectura de la familia, aquellos libros compartían lugar con las ligeras novelas de aventuras y amores idílicos que tanto gustaban a las hijas del general.

Anduvo en un silencio cómplice con la alfombra, casi pegado a la pared; confundiendo con arcones, mesillas, estatuas y armaduras vacías. Salió al pasillo, donde docenas de generaciones de la noble familia le siguieron con la mirada desde sus respectivos cuadros. Sus rostros eran serios y fúnebres, premonitorios.

Salió al patio interior. La casa era un *riad* con un hermoso patio lleno de fuentes y árboles frutales. Todas las habitaciones del palacio daban al patio, entre ellas la del general.

Recorrió el patio pegado a la pared, agachándose cuando pasaba debajo de una ventana y deteniéndose con cada ruido nocturno. Se detuvo y miró al derredor. Esperó un tiempo que se hizo tan

largo que parecía que se había condensado con el rocío. Respiraba bajito y estaba tenso.

Se levantó y comenzó a escalar. Apoyándose en las contraventanas llegó al segundo piso. Saltó al balcón, las luces en la habitación estaban apagadas. No podía ver dentro, pues las cortinas estaban echadas. Pero de la ventana contigua, la del pasillo, oía voces amortiguadas y apagadas por las cortinas.

6

—¿Tú crees que la mujer lo sabe? —preguntó Jaunyan, un guardia con cara de pocas luces, a su compañero. Ambos estaban apostados ante la puerta de su *sayyed* Muharret con la misión de vigilar durante la primera mitad de la noche. No tanto por amenazas externas sino por el tema de conversación que Jaunyan intentaba introducir.

—¿Saber el cuál? —replicó Josse de mala gana. No tenía ganas de escuchar otra tontería de Jaunyan.

—Que monta a las criadas.

«Ya tuvo que soltar una», pensó Josse.

—¿Y cómo voy a saberlo yo? Además, ¿qué más daría? —contestó subiendo el tono—. Ella hace lo mismo.

Se calló, miró nervioso a la puerta que debía proteger, pero como no pasó nada continuó hablando, pero esta vez en susurros.

—Si protestase el *sayyed* la echaría de casa y se casaría con otra más joven y guapa. No tiene ningún reparo para estas cosas.

—Guant dice que les oyó a través de la cerradura cerrar un acuerdo en el que ambos podían acostarse con quien quisieran mientras no se hiciera público.

—Ese palurdo se lo ha inventado. El *sayyed* lleva trajinando arriba y abajo desde antes de que le contratarán, así que no tiene ni idea.

Jaunyan asintió, aquellos criados eran demasiado fantasiosos. Si sus amos supiesen todos los chismes que saben e inventan sobre

ellos les harían cortar la lengua a todos. Si Jaunyan fuese un *sayyed* sería lo primero que haría.

Josse resopló irritado, odiaba las guardias de noche. Siempre acababa levantándose al día siguiente ojeroso y de mal humor. Además, nunca pasaba nada. Recordaba con nostalgia los tiempos en los que recorría los campos de batalla sembrando el terror y la muerte junto a su compañía al mando de Muharret. Aunque lo cierto es que en el momento no le había gustado tanto estar allí, pero uno es libre de adornar su pasado como quiera. Como los tiempos de guerras gloriosas habían acabado y lo único que sabía hacer era manejar una espada, permaneció junto a su general como un guardia de élite. No estaba tan mal, una pena que le tocase Jaunyan de compañero.

—Ayer tuve un sueño —dijo este, sacando a Josse del hilo de sus pensamientos—. Soñaba que caía y caía sin remedio y estuve soñando toda la noche que caía y caía sin parar y nunca llegaba al suelo. Ni siquiera cuando desperté. Ocho jodidas horas soñando con que me caía sin parar. ¿Te lo puedes creer?

Josse miraba por la ventana. Aquello no desanimó a Jaunyan.

—¿Crees que debería consultar un oráculo? Podría hablar con Yany, ella sabe leer las líneas de la mano.

—No hace falta —le cortó Josse—, yo mismo te puedo decir lo que significa.

—¿Ah, sí? ¿Y qué significa?

—Es una metáfora sobre tu vida —explicó aburrido.

7

La habitación era inmensa. Estaba provista de un ropero tan grande como una choza de labrador, las estanterías contenían docenas de libros de tapas de todos los tamaños que bajo la luz de la luna parecían azules y sobresalían formando ondas, como si fuesen olas de mar. El escritorio de trabajo era grande como una balsa, pero de alguna forma Muharret se las había arreglado para cubrirlo

entero de papeles y útiles de escritura dispersos caóticamente. La cama con dosel era inmensa, como la de un rey. Bajo sus mantas de seda escarlata daba cobijo al renombrado exgeneral del Imperio y a una bella jovencita abrazada a él.

Tomó el picaporte de la puerta del balcón con la mano y lo giró con lentitud. Estaba abierta. Sonrió. Sus pies le llevaron dentro de la estancia de Muharret de la familia Mohamfet, antiguo gran general de los ejércitos, ya retirado *sayyed* de los grandes del emperador y futuro cadáver.

Tras detenerse unos instantes en establecer la estancia, se acercó al general con paso tranquilo y mirada fija. Anduvo por encima de la ropa que los amantes habían arrojado sin orden en el momento de la lujuria. Se detuvo junto al general.

Podía oír su pausada respiración: inspirar, espirar, inspirar, espirar. El sueño de alguien que duerme tranquilo y sin miedos; tras una puerta protegida por dos fuertes guardias y después de haber hecho el amor con una belleza de mujer.

El asesino inspiró la tensión y el poder de aquel instante.

Desenvainó una daga, alzó la mano que la empuñaba y la bajó con fuerza hundiéndola hasta la empuñadura en el corazón de Muharret. Herido de muerte el general emitió un quedo gemido y se convulsionó un instante. Sus ojos se abrieron de par en par por un solo momento en el cual le vio, pero su rostro estaba tapado y Muharret nunca supo quién le mató. ¿Acaso importa?

Ya no podía oír su pausada respiración. Extrajo la daga del pecho herido. La bella muchacha de piel tostada y cabellos morenos seguía abrazada ya no a un hombre, sino un cadáver, sin percatarse de la sangre que comenzaba a correr por su brazo.

La miró con una mirada extraña, como buscando. Pero no. Sacó de un bolsillo un pañuelo con un extraño olor a alquimia y hechicería. Lo puso durante unos segundos sobre la boca y nariz de la muchacha, quien cayó en un aún más profundo sueño. Uno del que no despertaría por horas, aunque estuviese en el centro de un vendaval. Usando el mismo pañuelo, con cuidado limpió el

brazo de la muchacha y lo apartó del cuerpo muerto; ella no se dio cuenta de nada. No, no se parecía en nada, menuda tontería.

Volvió su mirada al general mientras doblaba y guardaba el pañuelo ensangrentado en el mismo bolsillo del que lo sacó. Sin dejar de mirarle sacó algo de otro bolsillo. Con delicadeza lo depositó sobre el pecho teñido en sangre del general y dio media vuelta.

Desapareció de la habitación, que quedó en completo silencio con la única presencia de una muchacha dormida y un viejo muerto, con el pecho lleno de sangre y sobre él posada una rosa blanca.

8

Cuando regresó el sol hacía tiempo que se había levantado.

Se desvistió por completo, guardó su traje negro en un compartimento secreto y se acercó al ropero.

Era alto y proporcionado. Sus músculos estaban muy desarrollados, como en el cuerpo de un atleta o de las esculturas de mármol del dios de la guerra. Su piel estaba tostada por el sol abrasador de los desiertos en los que se había entrenado durante terribles años; no había en él una gota de grasa.

Llevaba el cabello largo, era negro como el azabache y le caía como una cortina por los hombros. Su rostro parecía haber sido tallado por ángeles, era de una belleza sin par, pero una belleza caída en desgracia pues ningún sentimiento adornaba su expresión, quizás la melancolía, pero ¿qué es la melancolía sino el estado en el que los demás sentimientos te han dejado tras abandonarte?

Tenía la nariz angulosa, los labios carnosos, las facciones marcadas, la barbilla afilada, los pómulos fuertes y enjutos, los ojos negros. No oscuros, negros.

Tenía las manos amplias y los dedos largos, tan apropiados para tocar el más delicado instrumento como para manejar una espada con habilidad endemoniada.

La flexibilidad de su cuerpo rayaba lo imposible y para los humanos así era: él era la culminación de la evolución, la mezcla perfecta,



la fuerza y resistencia del más recio de los hombres y la gracia y rapidez del más magnífico elfo. Era un semielfo, semihombre, mestizo, o bastardo.

Se enfundó en una bata y bajó al primer piso de la casa. Allí se preparó una comida sencilla que ingirió sin degustarla, sumido en sus pensamientos. Tras esto, volvió a subir al dormitorio y se sumergió desnudo entre las sábanas de la cama. No tardó en llegar el sueño. Nunca tardaba las noches que mataba.

9

La sangre bañó su rostro. La cabeza decapitada voló por los aires dejando atrás una estela de sangre. Gritos. El restallar de los aceros al chocar. Su visión era un torbellino donde los colores se difuminaban, mezclándose con los sentimientos.

Sintió un cálido y horrible aliente a su espalda. Empezó a girar. Quería moverse. Él quería moverse, pero era demasiado lento. Su espada cruzaba el aire con una lentitud irritante. Su cuerpo no giraba ¡Iba a morir!

Pero no solo él se movía con lentitud. De golpe todo volvió a la normalidad. Su espada detuvo el ataque y después arrancó la tapa del cráneo de su portador. El mundo volvió a girar. Todo era confuso de nuevo. La niebla se fundía con las figuras que se movían a su alrededor.

—¡Merodeadores! —una voz resonó por encima del replicar de las espadas. Aquella voz le traía recuerdos. No, no podía ser cierto. Él no había vivido aquello, solo era un sueño, un sueño y nada más.

Entonces la vio. Una elfa en un vestido blanco en el medio de la batalla. Era tan bella. Tan, tan bella. Su melena negra le caía por los hombros alborotada. Tenía una espada ensangrentada en la mano.

—Huye —se oyó decir—. Escapa, nosotros les detendremos.

¿Nosotros? ¿Quiénes somos nosotros? Yo no conozco a nadie, ni siquiera a ella... No, pero a ella sí que la conocía.

Ella se acercó a él. Sus labios se juntaron con los suyos. Su mirada irradiaba amor.

—No me separaré de ti —dijo y su voz era hermosa. La amaba tanto.



Que libre se sentía entonces, ligero como un pájaro, listo para volar junto a su amada a un mundo donde el odio no existiera. Donde las espadas no hubiesen sido forjadas todavía y donde la muerte no existiera.

Un silbido cortó el aire, ella se convulsionó.

La sangre roció la hierba. Sus ropajes ondularon por última vez mientras caía. ¡No! No podía estar pasando.

El joven —él— se arrojó a su lado, sus manos acariciaron el rostro moribundo de la elfa desconocida. Era tan, tan bella, tan joven. La amaba tanto.

Aquellos labios pidieron un último beso, pero el brillo de sus ojos se apagó antes de que tuviese tiempo de dárselo.

¡No! No podía ser cierto. La amaba, maldita sea. No podía ser que algo tan simple y ligero como una flecha se la llevara, ¿qué sentido tenía aquello? No podía desaparecer en un instante. No lo merecía, ¡no lo merecía!

Su espada volvió a salir de su funda, esta vez su rapidez era increíble.

Sangre. Dolor. El sonido de la piel al rasgarse. Los huesos al quebrarse. Nada importaba ya, lo que importaba ya está muerto. La vida ya no importa. Solo la ira, incontrolable y casi imposible. Una bestia gigantesca se le acercó. Él era ahora la bestia. Le segó el cuello. Sangre negra bañaba el filo de su espada. La locura se apoderó de su alma. Un hacha se dirigió a su rostro.

Y Hassesin despertó. Pero no se movió del lecho. Tras volver de aquel sueño, de pronto, la realidad había perdido su sentido. Como cada vez anterior.

